

XII Domingo del Tiempo Ordinario

Zacarías 12,10-11;13,1

Salmo 62

Gálatas 3, 26-29

Lucas 9, 18-24

Ya no habrá distinción entre colombianos amigos y enemigos

Las lecturas que alimentan la reflexión cristiana durante esta semana, sobre todo la de la epístola a los Gálatas, nos confrontan con uno de los desafíos más grandes en la implementación de los acuerdos con que se busca superar el conflicto armado en Colombia. Si queremos darle una oportunidad a la paz es necesario revertir la imagen de enemigo que, sin importar con cuál grupo la asociemos, nos hemos formado. El desafío consiste entonces, éticamente hablando, en un cambio de actitud que nadie calificaría como fácil; o, si se quiere mejor ya en términos religiosos, en una conversión del odio a la inclusión.

En los conflictos armados una estrategia recurrente es “la invención del enemigo”. Esta consiste en la generación de odio hacia una imagen disminuida, bestializada y hasta satanizada con la que se pretende representar a las personas que conforman el bando opuesto. Todo esto con el objetivo perverso de justificar y facilitar el exterminio de otros seres humanos.

En gran medida la grandeza del cristianismo consiste en el hecho de valorar la humanidad bajo el signo de la paternidad divina, por encima de cualquier otro tipo de diferencias circunstanciales. Por eso es fundamental insistir en que, como cristianos, reconocemos que todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Y así: “Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús.” (Gal 3, 28). Pensemos qué implica esto para nuestro contexto y el desafío presente y futuro de la paz. Ya no habrá distinción entre guerrilleros, ejército o paramilitares. Todos seremos hijos de Dios, simplemente colombianos construyendo, mientras caminamos, el camino hacia la reconciliación.

Nadie dice que sea fácil, no obstante tampoco es imposible tal y como lo demuestran diversos testimonios de reconciliación. Entre ellos el de Sandra Gutiérrez quien prefirió durante una entrevista no hablar de las agresiones que sufrió durante los treinta días que estuvo encerrada en una pieza de madera en una zona de San Martín, Meta, vigilada y sometida por ocho paramilitares luego de que alguien, aparentemente por envidia, la señaló como auxiliadora de la guerrilla. Después de su liberación, y gracias a una lucha espiritual profunda, decidió perdonar a sus captores. Su transformación llegó al punto de que, en mayo del 2013, cuando andaba en busca de mano de obra para un trabajo comunal, descubrió entre un piquete de 50 guerrilleros y paramilitares desmovilizados a uno de los ocho hombres que la tuvo secuestrada. Se le acercó y le dijo: “Decidí perdonarlo; ya lo que pasó, pasó. Borrón y cuenta nueva”. Cuenta Sandra que el hombre se conmovió y los dos lloraron. Para ella ese fue el momento de su liberación¹.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Para revertir la imagen de enemigo es importante comprender las causas que originaron el conflicto armado en nuestro país. No es una tarea sencilla y es verdad que existen varias interpretaciones al respecto. No obstante, dicho esfuerzo de comprensión redundará en entender que ningún ser humano racional empuña las armas y arriesga su vida por capricho o por pura maldad. La comprensión de las causas objetivas del conflicto armado, incluso si no llegamos a justificar el ejercicio de la violencia, nos mostrará cómo ninguna persona ni institución puede considerarse totalmente inocente, ni puede considerar a otra totalmente culpable; sino que cada quien, ya sea por acción o por omisión, debe asumir su propia cuota de responsabilidad tanto en la generación como en la perpetuación del conflicto.

Es necesario un cambio de mirada, la búsqueda de una perspectiva propicia para la paz. De la mirada farisaica y culpabilizadora, es necesario pasar a una llena de misericordia. No es la culpabilización castigadora, sino la conversión y el reconocimiento de responsabilidades lo que podrá dinamizar el espíritu de los colombianos para buscar, no la venganza, sino la reparación de tanto daño generado por la violencia.

En el libro de Zacarías está escrito: “Derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia” Za (12,10) En relación con este texto bíblico y de cara al actual proceso de paz, cabe plantearnos la siguiente pregunta: ¿tendrá la justicia espacio para la clemencia? La respuesta es sí. Reconocer las causas objetivas del conflicto nos ayuda a comprender, y por lo tanto a atenuar la dureza con que juzgamos a las personas que se han levantado en armas o han participado indirectamente en el conflicto. De esta forma llegaremos a entender el espíritu que anima toda la jurisdicción especial para la paz, la cual, más que castigar, busca brindarle un espacio de participación en la sociedad a aquellos hermanos nuestros que estén dispuestos a cumplir ciertas condiciones de verdad, justicia, reparación y no repetición.

Para finalizar, en el Evangelio según San Lucas figura el famoso pasaje de “El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará” (Lc 9, 23-24). En Colombia ya hemos estado cargando la cruz del conflicto armado por más de 5 décadas pero sin un espíritu cristiano. Llevamos esta cruz como lo haría Pilatos, es decir, lavándonos las manos intentando evadir la propia responsabilidad, culpabilizándonos unos a los otros. Llegó el momento en que los colombianos, con la ayuda de Dios y reconociendo cómo de alguna manera y en mayor o en menor grado, hemos sido responsables de la prolongación del conflicto, nos esforcemos por revertir la imagen del enemigo y nos dispongamos a trabajar juntos por la paz como hermanos, hijos de un mismo Dios.

<http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/soy-capaz-la-exsecuestrada-que-emplo-a-su-carcelero-de-los-paras/14566139>

Consultado el 11 de mayo de 2016.

